Solemnidad de la Santísima Trinidad[1]

Provb 8,22-31 Sal 8,4-5. 6-7. 8-9;

Rom 5,1-5; Jn 16,12-15

Bendito sea el Padre y el Unigénito Hijo de Dios y el Espíritu Santo.

Esta fiesta nos hace una llamada al misterio fundamental, inescrutable de nuestra fe, a esa sublimidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, ante los cuales nos encontramos siempre atónitos y adorantes.

Hoy juntamente con toda la Iglesia nos presentamos ante la *inefable Majestad de la Trinidad.* Nos ponemos de rodillas, nos postramos, para confesar que la Santísima Trinidad es el Dios vivo y verdadero. Es el Dios "que habita una luz inaccesible" (1 *Tim 6,* 16) y supera infinitamente con su divinidad todo lo creado. También lo que el hombre puede comprender y expresar sobre Dios con su entendimiento creado.

Cada uno de vosotros está bautizado en el nombre del Padre, del Hijo y *del Espíritu Santo.* Este sacramento que recibisteis al comienzo de la vida, perdura en vosotros mediante un signo indeleble: el carácter del santo bautismo.

Por medio del sacramento del bautismo, la Santísima Trinidad habita en vosotros. Habita en cada uno de nosotros, en cada uno de los bautizados. Y también en cada uno de nosotros se desarrolla esa potente y a la vez misteriosa economía de la salvación, realizada por el Padre, por el Hijo y por el Espíritu Santo, preparando en nosotros el definitivo reino de Dios mismo.

De la habitación trinitaria en cada uno, inspirados en el prefacio de hoy podemos sacar luz para vivir nuestro bautismo. Dice: "Al proclamar nuestra fe en la verdadera y eterna Divinidad, adoramos a tres personas distintas, de única naturaleza e iguales en su dignidad.

Trinidad y unidad, igualdad y diversidad: he aquí el núcleo del misterio. La Trinidad es la afirmación mayor del hecho de que se puede ser a la vez iguales y distintos, iguales por dignidad y distintos por sus características. Y ¿no es esto lo que tenemos más urgente necesidad de aprender para vivir bien en este mundo? Esto es, ¿que se puede ser distintos por el color de la piel, la cultura, el sexo, la raza y, sin embargo, gozar de igual dignidad como personas humanas?

Esta enseñanza encuentra en la familia y en todo grupo o comunidad humana su primer y más natural campo de aplicación. Cada uno y cada institución

---

1 El en el Ángelus, 14-VI-1981.

debiera ser un reflejo terrenal de la Trinidad. Éstas están formadas de personas distintas: distintos sentimientos y otras exigencias y gustos. El éxito de toda comunidad de personas dependerá de la medida con que esta diversidad sabe tender a una superior unidad: unidad de amor, de intenciones, de colaboración.

Es un error considerar a la Trinidad como un misterio remoto de la vida para abandonarlo a la especulación de los teólogos. Por el contrario, es un misterio muy cercano; y el motivo es muy sencillo: nosotros hemos sido creados a imagen de Dios uno y trino, llevamos la impronta suya, somos llamados a realizar la misma sublime síntesis de unidad y diversidad.

Que la Santísima Virgen nos ayuda a vivir el misterio del Dios de Jesucristo en el que creemos y adoramos

Padre Félix Castro Morales

Fuente: http://parroquiadelasoledad.org/ (Con permiso a homiletica.org)